

CRISTO REY DEL UNIVERSO

EDICIÓN ESPECIAL · SEMANA SANTA

AÑO I, EDICIÓN ESPECIAL

CAPELLANÍA CRISTO REY · RANCHO DE LA CRUZ

SEMANA SANTA 2026



La Semana Santa constituye el corazón del año litúrgico y el centro mismo de la fe cristiana. No se trata de una mera conmemoración histórica de los últimos días de la vida terrena de Jesús de Nazaret, sino de la actualización sacramental del Misterio Pascual: la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, acontecimiento que ha redimido al mundo y ha abierto las puertas de la vida eterna.

Como enseña el Concilio Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*: «La Iglesia, en el transcurso del año, conmemora todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación hasta el día de Pentecostés y la expectación de la venida del Señor» (n. 102). La Semana Santa es, de este modo, la cumbre de este itinerario anual que la Iglesia recorre con sus hijos.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que «el Misterio Pascual de la Cruz y de la Resurrección de Cristo está en el centro de la Buena Nueva que los Apóstoles, y

la Iglesia, a continuación de ellos, deben anunciar al mundo» (CIC 571). No se puede comprender el cristianismo sin la Cruz, ni se puede predicar la Cruz sin la Resurrección. Ambos misterios forman una unidad inseparable, la «hora» de Jesús anunciada en el Evangelio de San Juan.

En esta edición especial, la Capellanía Cristo Rey del Universo ofrece a sus fieles una guía de reflexión teológica y espiritual para vivir con profundidad cada día de esta Semana Mayor. Desde el Domingo de Ramos hasta la Vigilia Pascual, cada jornada nos invita a contemplar un aspecto del amor infinito de Dios revelado en su Hijo.

Que esta Semana Santa sea para cada uno de nosotros una ocasión de conversión profunda, de encuentro personal con Cristo Crucificado y Resucitado, y de renovación de nuestra fe bautismal. Como exhortaba San Juan Pablo II: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!».

CONTENIDO DE ESTA EDICIÓN

Pág. 2 — Domingo de Ramos: La Entrada del Rey

Pág. 3 — Lunes a Miércoles Santos: Días de Preparación

Pág. 4-5 — Jueves Santo: La Última Cena

Pág. 6-7 — Viernes Santo: La Cruz, Árbol de Vida

Pág. 8 — Sábado Santo: El Gran Silencio

Pág. 9 — Domingo de Resurrección: ¡Ha resucitado!

Pág. 10 — Oración y Vida Parroquial

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

La Entrada del Rey Humilde en Jerusalén

«¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 21, 9)



La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén inaugura la Semana de Pasión.

El Domingo de Ramos abre solemnemente la Semana Santa con una liturgia de contrastes que sintetiza todo el Misterio Pascual. La celebración comienza con la procesión festiva de los ramos —en la que aclamamos a Jesús como Rey y Mesías— y culmina con la lectura de la Pasión, anticipando el drama de la Cruz.

Este contraste no es casual. La liturgia quiere que experimentemos, en el arco de una sola celebración, el paso de la exaltación al abajamiento, del «¡Hosanna!» al «¡Crucifícalo!». Así nos enseña que la realeza de Cristo no es de este mundo: su trono es la Cruz, su corona es de espinas, su cetro es la caña con que lo golpean.

San León Magno, en su célebre *Sermón 51 sobre la Pasión*, explica que Jesús «entró en Jerusalén montado en un pollino para manifestar que no venía a aplastar a los pueblos con las fuerzas de un ejército, sino a someterlos con la mansedumbre de la paz». El Rey de reyes llega sin caballos de guerra, sin ejércitos imperiales: llega sobre un asno, sím-

bolo de humildad y paz.

Los ramos de palma y los mantos tendidos en el camino son signos mesiánicos que evocan la profecía de Zacarías: «Alégrate, hija de Sión; grita de gozo, hija de Jerusalén. Mira a tu rey que viene a ti, justo y victorioso, humilde, montado en un burro» (Za 9, 9). El pueblo reconoce —aunque quizá sin comprender la profundidad del misterio— que este Jesús de Nazaret cumple las antiguas promesas.

El Catecismo nos enseña que «Jesús entra en Jerusalén para allí consumir su Misterio Pascual» (CIC 557). Cada paso del camino hacia Jerusalén es un paso voluntario hacia el Calvario. Jesús no es víctima de las circunstancias: «nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente» (Jn 10, 18).

«La procesión de ramos es una profecía en acción. Aclamamos a Aquel cuya victoria definitiva no se alcanza con la espada, sino con la Cruz.»

BENEDICTO XVI, HOMILÍA DEL DOMINGO DE RAMOS, 2008

La bendición de los ramos tiene una rica tradición litúrgica. El olivo —símbolo de paz— y la palma —símbolo de victoria— nos recuerdan que Cristo viene como Príncipe de la Paz y como vencedor del pecado y de la muerte. Al llevar los ramos a nuestros hogares, confesamos públicamente nuestra fe en Cristo Rey.

La lectura de la Pasión en este domingo tiene también un propósito catequético: permite a los fieles que no puedan asistir a los oficios del Triduo Pascual escuchar el relato completo de la Pasión del Señor. De este modo, toda la comunidad cristiana entra unida en la contemplación del misterio redentor.

En la tradición de la Iglesia, el Domingo de Ramos ha sido siempre una jornada de especial participación popular. Las procesiones, con sus cantos y sus palmas, son expresión de la piedad del pueblo cristiano que reconoce a Jesús como Señor y camina con Él hacia la Pascua.

LOS DÍAS DE PREPARACIÓN

Lunes, Martes y Miércoles Santos

«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres» (Mt 17, 22)

LUNES SANTO: LA UNCIÓN EN BETANIA

El Lunes Santo, la liturgia nos presenta la unción de Jesús en Betania por María, hermana de Lázaro (cf. Jn 12, 1-11). Este gesto profético anticipa la sepultura de Cristo y contrasta radicalmente con la traición que Judas ya maquina en su corazón.

María derrama un frasco de perfume de nardo puro, cuyo valor equivalía al salario de trescientos días de trabajo. Ante la protesta de Judas —«¿Por qué no se ha vendido este perfume y se ha dado el dinero a los pobres?»—, Jesús responde con palabras que revelan la profundidad del momento: «Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura» (Jn 12, 7).

San Agustín comenta que «toda la casa se llenó del perfume» (Jn 12, 3) como imagen de la Iglesia que se llena de la fragancia del amor de Cristo. El gesto de María es modelo de la adoración auténtica: un amor sin cálculos, generoso hasta el exceso, centrado enteramente en la persona de Jesús.

MARTES SANTO: EL ANUNCIO DE LA TRAICIÓN

El Martes Santo, el Evangelio nos confronta con las palabras de Jesús que anuncian la traición de Judas y la negación de Pedro (cf. Jn 13, 21-33.36-38). Jesús conoce la debili-

dad humana en toda su extensión: la avaricia que lleva a la traición y el miedo que conduce a la negación.

«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar» (Jn 13, 21). Estas palabras turbaron profundamente a Jesús. San Juan nos dice que «se estremeció en su espíritu». El Hijo de Dios no es indiferente ante la traición; la padece humanamente en toda su amargura.

Sin embargo, el anuncio de la traición no es el anuncio de la derrota. Jesús transforma la traición en instrumento de salvación. Como enseña el Catecismo: «No hay ningún aspecto del mensaje cristiano que no sea, en parte, una respuesta a la cuestión del mal» (CIC 309). Dios escribe derecho con renglones torcidos.

MIÉRCOLES SANTO: LAS TINIEBLAS SE CIERNEN

El Miércoles Santo es llamado en la tradición popular «Miércoles de Tinieblas». La liturgia presenta la intensificación de la conspiración contra Jesús: «Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les dijo: "¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?" Ellos convinieron en darle treinta monedas de plata» (Mt 26, 14-15).

Treinta monedas: el precio de un esclavo según la Ley mosaica (cf. Ex 21, 32). En esta cifra humillante se revela el abismo del

pecado que reduce al Creador del universo al precio de un siervo. Pero es precisamente este abajamiento el que cumple la profecía del Siervo Sufriente de Isaías: «Fue despreciado y desestimado» (Is 53, 3).

Santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologiae* (III, q. 46, a. 3), explica que Cristo eligió la Pasión como el modo más conveniente de nuestra redención porque «manifiesta al máximo el amor de Dios al hombre» y «nos da ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y las demás virtudes».

OFICIO DE TINIEBLAS

El antiguo Oficio de Tinieblas (*Tenebrae*) es una de las celebraciones más conmovedoras de la Semana Santa. Las velas del tenebrario se van apagando una a una durante los cantos del Oficio, simbolizando las tinieblas que envuelven al mundo con la Pasión de Cristo. La última vela, oculta detrás del altar, representa a Cristo en el sepulcro, cuya luz no puede ser extinguida.



JUEVES SANTO · MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

«Haced Esto en Memoria Mía»

La Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio Ministerial

«Tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros"» (Lc 22, 19).

El Jueves Santo es una de las jornadas más ricas y densas del año litúrgico. En la Misa vespertina de la Cena del Señor, la Iglesia celebra simultáneamente tres misterios inseparables: la Institución de la Eucaristía, la Institución del Sacerdocio ministerial y el Mandamiento Nuevo del Amor.

San Juan Pablo II, en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), expresó con hondura teológica la centralidad de este día: «La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia» (n. 1).

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

«Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a los discípulos di-

ciendo: "Tomad y comed; esto es mi Cuerpo." Y tomando un cáliz, dio gracias y se lo dio diciendo: "Bebed todos de él, porque esta es mi Sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados"» (Mt 26, 26-28).

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que «al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la Pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la Pascua judía y anticipa la Pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino» (CIC 1340).

La Eucaristía no es un mero símbolo ni un simple recuerdo: es la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo —Cuerpo,

Sangre, Alma y Divinidad— bajo las especies sacramentales del pan y del vino. El Concilio de Trento definió solemnemente esta verdad de fe frente a los errores de la Reforma: «En el santísimo sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo» (DS 1651).

El mandato «haced esto en memoria mía» (*toûto poiëte eis tèn emèn anámnēsín*, Lc 22, 19) no es una invitación a un recuerdo meramente psicológico. El término griego *anámnēsis*, que traduce el hebreo *zikkarón*, tiene un sentido mucho más profundo: designa una actualización sacramental del acontecimiento salvífico. Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, hace presente —no repite, sino re-presenta— el sacrificio único de la Cruz.

EL SACERDOCIO MINISTERIAL

Junto con la Eucaristía, Cristo instituyó el sacerdocio ministerial. El mandato «haced esto en memoria mía» fue dirigido a los Apóstoles, constituyéndolos sacerdotes de la Nueva Alianza. San Juan Pablo II, en la Carta a los Sacerdotes del Jueves Santo de 2004, afirmó: «Sin sacerdotes, la Iglesia no podría vivir aquella obediencia fundamental que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia, esto es, la obediencia al mandato de Jesús: "Id y haced discípulos" (Mt 28, 19) y "Haced esto en memoria mía" (Lc 22, 19)».

El sacerdocio ministerial difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles, no solo en grado sino en esencia (cf. *Lumen Gentium*, 10). El sacerdote, configurado con Cristo Cabeza por el sacramento del Orden, actúa *in persona Christi Capitis*: es Cristo mismo quien, a través del ministerio del sacerdote, consagra la Eucaristía y perdona los pecados.

EL MANDAMIENTO NUEVO

El Evangelio de San Juan no narra la institución de la Eucaristía sino el gesto del lavatorio de los pies (Jn 13, 1-15), íntimamente li-

gado a la Cena. «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

El lavatorio de los pies no es una lección de buenos modales ni un ejemplo de filantropía: es una revelación del ser mismo de Dios. El Dios Todopoderoso se arrodilla ante sus criaturas para servir las. Jesús transforma radicalmente la noción de autoridad: «El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20, 26).

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, así debéis amaros también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos a otros.»

JUAN 13, 34-35

LA AGONÍA EN GETSEMANÍ

Tras la Cena, Jesús se dirige con sus discípulos al Huerto de Getsemaní, donde vive la agonía más profunda de su existencia terrena. «Padre mío, si es posible, que pase de mí

este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26, 39).

San Lucas, el evangelista médico, anota un detalle conmovedor: «Se le apareció un ángel del cielo que lo confortaba. Y, sumido en agonía, oraba con más intensidad. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22, 43-44). La tradición teológica ha visto en esta hematohidrosis un signo real del sufrimiento extremo del alma de Cristo al cargar sobre sí los pecados de toda la humanidad.

El Catecismo enseña: «El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena, al aceptar la voluntad del Padre (cf. Lc 22, 20), lo recibe a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní haciéndose "obediente hasta la muerte"» (CIC 612). En Getsemaní contemplamos la libertad absoluta de Jesús: acepta el sufrimiento no porque no pueda evitarlo, sino porque ama al Padre y a nosotros «hasta el extremo».

La noche del Jueves Santo concluye con la traición de Judas —«lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Jn 13, 27)—, el prendimiento de Jesús y la dispersión de los discípulos. La Iglesia vela junto al Santísimo Sacramento, expuesto en el Monumento, acompañando a Cristo en su hora más oscura.



VIERNES SANTO · CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

La Cruz: Árbol de Vida y Trono de Gloria

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3, 16)



«Cargando con su propia cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota» (Jn 19, 17).

El Viernes Santo es el día más sobrio del calendario litúrgico. No se celebra la Eucaristía —el único día del año en que esto sucede— porque la Iglesia contempla el sacrificio original de la Cruz, del cual toda Misa es actualización sacramental. La Celebración de la Pasión del Señor se estructura en tres partes: la Liturgia de la Palabra (con la lectura de la Pasión según San Juan), la Adoración de la Santa Cruz y la Comunión.

San Juan Pablo II, en la carta apostólica *Salvifici Doloris* (1984), ofreció una profunda meditación sobre el sentido cristiano del sufrimiento: «En la Cruz de Cristo no solo se ha cumplido la Redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido» (n. 19). Esta verdad distingue radicalmente al cristianismo de todo estoicismo o resignación fatalista: el sufrimiento, unido al de Cristo, se

convierte en instrumento de salvación.

LAS SIETE PALABRAS DESDE LA CRUZ

La tradición cristiana ha contemplado con especial devoción las siete palabras que Jesús pronunció desde la Cruz, síntesis suprema de su enseñanza y testamento espiritual de la humanidad redimida:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). La primera palabra es de perdón. Incluso en la agonía de la crucifixión, Jesús intercede por sus verdugos. San Juan Crisóstomo comenta que Cristo «no solo no castigó a los que lo crucificaron, sino que rogó al Padre que los perdonase».

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). Al buen ladrón, que reconoce su culpa y se encomienda a Jesús, Cristo le

abre las puertas del Paraíso. Esta es la prueba suprema de la misericordia divina: basta un instante de fe sincera para recibir la salvación.

«Mujer, ahí tienes a tu hijo» — «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27). Jesús confía a su Madre al discípulo amado y, en él, a toda la Iglesia. El Concilio Vaticano II enseña que María «fue dada por el mismo Cristo, moribundo en la Cruz, como madre al discípulo» (*Lumen Gentium*, 58), estableciéndola en su maternidad espiritual sobre todos los fieles.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Este grito, que cita el Salmo 22, revela la profundidad del sufrimiento de Cristo que carga sobre sí el peso del pecado del mundo, experimentando la «kenosis» absoluta: el vaciamiento total de toda consolación divina sensible.

«**Tengo sed**» (Jn 19, 28). Más allá de la sed física, los Padres de la Iglesia han leído en esta expresión la sed espiritual de Cristo por la salvación de las almas. Santa Teresa de Calcuta adoptó estas palabras como lema de su congregación, reconociendo en cada hombre sufriente el rostro del Cristo sediento.

«**Todo está cumplido**» (Jn 19, 30). El verbo griego *tetélestai* significa «llevado a su cumplimiento perfecto». No es un grito de derrota sino de victoria: la obra de la Redención ha sido consumada. Todo lo que el Padre había encomendado al Hijo se ha realizado plenamente.

«**Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu**» (Lc 23, 46). La última palabra es de confianza filial absoluta. Jesús muere como vivió: en perfecta comunión con el Padre. Citando el Salmo 31, entrega libremente su vida y, al hacerlo, transforma la muerte humana para siempre.

EL SENTIDO REDENTOR DE LA CRUZ

El Catecismo de la Iglesia Católica sintetiza la doctrina de la Redención afirmando que «la muerte de Cristo es a la vez el sacrificio

pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres por medio del "Cordero que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29) y el sacrificio de la Nueva Alianza que devuelve al hombre a la comunión con Dios, reconciliándolo con Él por la Sangre derramada por muchos para remisión de los pecados (Mt 26, 28)» (CIC 613).

La teología católica ha desarrollado cuatro dimensiones complementarias del sacrificio de la Cruz: la dimensión *sacrificial* (la ofrenda perfecta al Padre), la dimensión *redentora* (el rescate del género humano), la dimensión *expiatoria* (la reparación del pecado) y la dimensión *reconciliadora* (la restauración de la amistad con Dios).

«De la Cruz de Cristo, del amor de Dios que en ella se entrega, brota la esperanza. Quien escucha el mensaje de la fe sabe que la muerte ya no tiene la última palabra.»

BENEDICTO XVI, SPE SALVI, N. 43

LA ADORACIÓN DE LA SANTA CRUZ

La Adoración de la Cruz es uno de los gestos litúrgicos más antiguos y solemnes del Viernes Santo. El celebrante presenta la Cruz al pueblo con la triple invitación: «Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Venid a adorarlo». Y la asamblea responde postrándose ante la Cruz, besándola con veneración.

El himno *Vexilla Regis* de Venancio Fortunato (siglo VI) canta con sublime belleza: «*Fulget Crucis mysterium*» — «*Resplandece el misterio de la Cruz*». Porque en la Cruz la muerte se convierte en vida, la derrota en victoria, la maldición en bendición. Como proclama el Prefacio: «En el árbol de la Cruz estableciste la salvación del género humano, para que de donde nació la muerte, de allí surgiese la vida».

El Viernes Santo no es un día de luto desesperanzado. Es un día de adoración y gratitud ante el amor más grande que la historia ha conocido. «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). La Cruz, escándalo para los judíos y necedad para los paganos, es para nosotros «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 1, 24).



SÁBADO SANTO

El Gran Silencio: Cristo en el Sepulcro

«Oh Dios, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» — *El descenso de Cristo a los infiernos*

El Sábado Santo es el día más silencioso del calendario litúrgico. No se celebra la Eucaristía ni ningún sacramento, excepto la Unción de los enfermos y la Penitencia en caso de necesidad. La Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su Pasión y Muerte, esperando en la oración y el ayuno su gloriosa Resurrección.

Este silencio tiene una profundidad teológica inmensa. El Catecismo enseña: «Cristo fue al reino de los muertos con el poder de su Cruz» (CIC 635). El artículo del Credo que confiesa que Jesús «descendió a los infiernos» (*descendit ad inferos*) no se refiere al infierno de los condenados, sino al *sheol* hebreo, la morada de los muertos, donde las almas de los justos aguardaban la Redención.

Benedicto XVI, en la encíclica *Spe Salvi*, meditó sobre esta dimensión del Sábado Santo: «La oración de Jesús en la Cruz —"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"— nos hace comprender que hasta la más profunda oscuridad es abrazada por la presencia de Dios» (cf. n. 38). El Sábado Santo nos enseña que Dios está presente incluso donde parece absolutamente ausente.

«¿Qué ha sucedido? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está dormido.»

ANTIGUA HOMILÍA PARA EL
SÁBADO SANTO (OFICIO DE
LECTURAS)

La antigua homilía que la Iglesia lee en el Oficio de Lecturas del Sábado Santo describe con poesía dramática el descenso de Cristo al *sheol*: «Dios ha muerto en la carne y ha bajado a agitar el reino de los infiernos. Se acerca a Adán, y le dice: "Levántate, tú que duermes, y te iluminaré, Cristo el Señor. Despierta, tú que estás dormido; yo no te creé para que estuvieras preso en el infierno. Levántate de entre los muertos. Yo soy la vida de los que han muerto"».

LA ESPERANZA DEL SÁBADO SANTO

Hans Urs von Balthasar, uno de los grandes teólogos del siglo XX, desarrolló una profunda «teología del Sábado Santo» en la que muestra cómo Cristo, al descender a los

infiernos, asumió la condición más radical de la muerte humana: no solo la muerte biológica, sino la experiencia del abandono total, de la «solidaridad con los muertos».

Pero el Sábado Santo no es desesperación: es la vigilia de la esperanza. Como la semilla enterrada que prepara su estallido vital, como la noche que precede al amanecer, así el silencio del sepulcro es el preludio de la explosión de vida de la Resurrección.

La Iglesia nos invita a permanecer en este silencio sagrado, sin adelantar artificialmente la alegría pascual. Hay una pedagogía divina en la espera: aprender a habitar la oscuridad con confianza en Aquel que ha vencido las tinieblas desde dentro.

El Sábado Santo es también el día en que la Virgen María sostiene la fe de toda la Iglesia. Junto al sepulcro, Ella es la única que cree sin vacilar. Como enseña San Juan Pablo II: «En el Sábado Santo, María fue la "Virgen creyente" por excelencia. Solo ella, en la oscuridad total, mantuvo encendida la llama de la fe» (*Redemptoris Mater*, 18).

Al caer la noche del Sábado, la Iglesia se congrega para la Vigilia Pascual, la «madre de todas las vigiliass» según San Agustín, en la que Cristo resucitado irrumpirá con su luz en las tinieblas del mundo.



DOMINGO DE RESURRECCIÓN · LA PASCUA DEL SEÑOR

¡Ha Resucitado! — El Fundamento de Nuestra Fe

«Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe» (1 Cor 15, 14)



«No está aquí, ha resucitado, como lo había dicho» (Mt 28, 6). El sepulcro vacío es el signo más elocuente de la victoria sobre la muerte.

La Resurrección de Jesucristo es el acontecimiento central de la fe cristiana y el fundamento sobre el cual se sostiene toda la predicación apostólica. San Pablo lo afirmó con rotundidad: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe» (1 Cor 15, 14). No se trata de un mito inspirador ni de una metáfora espiritual: la Resurrección es un hecho real, histórico y trascendente que ha transformado para siempre la condición humana.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que «la Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual» (CIC 638).

EL TESTIMONIO DEL SEPULCRO VACÍO

Los cuatro Evangelios coinciden en un dato fundamental: el sepulcro estaba vacío. Las mujeres que fueron al amanecer del primer día de la semana encontraron la piedra re-

movida y el sepulcro sin el cuerpo de Jesús. El ángel les anunció: «No tengáis miedo; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado, como lo había dicho» (Mt 28, 5-6).

El sepulcro vacío, por sí solo, no demuestra la Resurrección —podría tener otras explicaciones—, pero constituye un signo necesario e indispensable. Unido a las apariciones del Resucitado a los discípulos, forma el doble fundamento testimonial del kerygma pascual.

LAS APARICIONES DEL RESUCITADO

San Pablo transmite la tradición más antigua sobre las apariciones: «Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras; se apareció a Cefas y luego a los Doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayor parte viven todavía» (1 Cor 15, 3-6). Este texto, anterior al año 55 d.C., constituye el documento más temprano sobre la Resurrección.

Las apariciones revelan la naturaleza del cuerpo resucitado de Cristo: real y corporal

—come, se deja tocar, muestra sus heridas —, pero glorificado y libre de las limitaciones del espacio y el tiempo. Cristo resucitado no vuelve a la vida anterior: entra en una existencia radicalmente nueva, la vida definitiva que Dios tiene preparada para todos los que crean en Él.

«Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que durmieron. Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos.»

1 CORINTIOS 15, 20-21

La Resurrección funda la esperanza cristiana: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él» (Rom 6, 8). La muerte ya no tiene la última palabra. El *Exsultet* de la Vigilia Pascual lo proclama con júbilo: «¡Exulten por fin los coros de los ángeles! ¡Que la alegría inunde la tierra, envuelta en una claridad maravillosa!»

Oración para la Semana Santa

*Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo,
que por nuestra redención quisiste nacer entre nosotros,
padecer hambre, sed, cansancio y tristeza,
ser traicionado, prendido, atado, escarnecido,
despojado de tus vestiduras, clavado en la Cruz,
puesto entre ladrones, abrevado con hiel y vinagre,
y herido con la lanza:*

*Tú que por amor abriste tus brazos en la Cruz
para abrazar a toda la humanidad,
concédenos contemplar tu Pasión con ojos de fe,
acoger tu perdón con corazón contrito
y celebrar tu Resurrección con alegría desbordante.*

*Que la luz de la Pascua disipe las tinieblas de nuestro pecado,
renueve nuestra esperanza y encienda en nosotros
el fuego de tu amor que nunca se apaga.*

AMÉN.

HORARIOS DE SEMANA SANTA

Domingo de Ramos — Procesión y Misa: 10:00 h

Jueves Santo — Misa de la Cena: 18:00 h

Viernes Santo — Vía Crucis: 12:00 h · Pasión: 15:00 h

Sábado Santo — Vigilia Pascual: 20:00 h

Dom. de Resurrección — Pascua: 10:00 h

SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Las confesiones estarán disponibles en los siguientes horarios especiales:

Lunes a Miércoles: 17:00 – 18:30 h

Jueves y Viernes: Antes de cada celebración

«Reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 20)

CRISTO REY DEL UNIVERSO

CAPELLANÍA CRISTO REY · RANCHO DE LA CRUZ

Edición especial elaborada con fidelidad al Magisterio de la Iglesia Católica.
Fuentes: Catecismo de la Iglesia Católica, Sagrada Escritura (Biblia de Jerusalén),
Documentos del Concilio Vaticano II, Encíclicas Pontificias.

«Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat»